

EL JARDIN DE LOS ERIALES

El día que me ingresaron en la residencia jamás pude imaginar que permanecería en ella los siguientes once años de mi vida. De hecho, si hubiera podido moverme de la silla de ruedas, si hubiera podido articular alguna palabra, hubiera pedido a gritos que me dieran una pastilla, algo, lo que fuera, para poder morir sin dolor rodeada de mi familia y mis seres más queridos. Si hubiera podido hablar entonces no habría tenido que permanecer esos largos once años entre estas cuatro paredes amarillentas y malolientes.

Dicen que es una de las mejores residencias de la ciudad porque es privada, aunque tiene algunas plazas concertadas y hay personas que pagan sólo parte de la cuota mensual correspondiente. No me quiero ni imaginar cómo deben ser las residencias públicas a puerta cerrada, cuando ya no hay visitas y son pocos los que pueden fijarse en los detalles. No quiero, sin embargo, malmeter, no vaya a ser que la tomen conmigo y no me cambien el pañal cuando voy mojada hasta la suela de los zapatos.

Esa es una de las cosas a las que más difícilmente me acostumbre. Cuando era más joven me gustaba ducharme por la mañana y embadurnarme con mis cremas y potingues. Salía de casa perfumada con ese perfume de Armani que tanto me gustaba, y tardaba siempre más de lo debido en elegir la ropa que me iba a poner, aunque no tuviera que salir de la oficina en todo el día. Además, decían quienes me conocen, que siempre tenía los cajones y los armarios de casa como si de una tienda de alto standing se tratara, como si nunca nadie hubiera usado

esa ropa limpia, bien planchada, bien plegada y organizada impecablemente por tamaños y colores. Era una delicia para mi abrir esos cajones y sentir que controlaba el mundo porque tenía controlados mis calcetines y mi ropa interior.

El día que me ingresaron en la residencia todo cambio de golpe. La primera vez que tomé conciencia de que estaba sentada sobre mis propios excrementos y que tenía que esperar a que alguien se fijara en mi decrepita situación, quise con todas mis fuerzas y de nuevo, morir. Lejos de un suicidio se trataba simplemente, de evitar tener que vivir así.

Pero por el contrario de lo que nos gustaría a la mayoría de los que estamos aquí, no nos morimos lo rápido que desearíamos hacerlo. Llevo once largos años alimentada con purés que saben, tres veces al día, exactamente a lo mismo, ya se diga que son de verduras, de carne o de pescado. Es más, aunque tuvieran algún sabor, dudo que ninguno de los que estamos aquí fuéramos capaces de adivinarlo con el paladar embaldosado que tenemos después de tantos años de no comer bien. Por eso da lo mismo lo que nos den, se trata de mantenernos vivos, aunque les dé realmente igual la calidad de vida que tengamos. Nunca he llegado a comprender como es posible que algunos sean capaces de manifestarse por las corridas de toros y nadie se manifieste nunca por los ancianos atados en sillas de ruedas para que no se caigan.

Once años en una residencia de ancianos dan para mucho, incluso para que alguien como yo piense, aunque sea atada en una silla de ruedas para no caerme, con una enfermedad degenerativa incurable y siendo incapaz de comer o tragar alimento o líquido que no tenga textura

gelatinosa o en formato puré, y ello porque tengo la maldita cabeza (lo único que no hacía falta me sobreviviera), en perfecto estado. He ahí el mayor problema, no poder dejar de pensar ni de observar todo lo que sucede a mi alrededor a diario: la falta de personal que nos obliga a mí y a mis “colegas” (les llamo así de forma cariñosa porque llegas a cogerles cariño de tanto verlos), a esperar sucios en nuestras sillas de ruedas hasta que alguien, con los guantes a veces rotos y otras veces invisibles, viene para conducirnos hasta el cuarto de baño y limpiarnos el culo y lo que haga falta con toda la profesionalidad del mundo (no lo pongo en duda) pero de una forma en la que jamás nos imaginamos que algún día alguien nos lavaría.

Otras veces nos falta el espesante para las bebidas o comidas líquidas que algunos de nosotros no podemos ingerir. Es incomprensible lo sé, que en una residencia privada en la que cada uno de los residentes paga miles de euros al mes, falte espesante, pero sucede, y por ello de vez en cuando me permito disfrutar de esa textura, líquida y prohibida, que baja por mi garganta y que yo saboreo como si de un helado de chocolate con merengue se tratara.

Luego está el tema de las visitas. Soy consciente de que mis hermanas (tengo 3), tienen mucho trabajo. No sé hasta qué punto tenemos ahora más ventajas que antes las mujeres, desde otros puntos de vista y circunstancias. Lo veo con mis sobrinas (tengo 2), cuando yo era joven y salía con alguien siempre pagaba él; yo siempre iba de copiloto en el coche; si se rompía algo en casa lo arreglaba o llamaba al técnico y yo me limitaba a darle cuatro instrucciones, porque aquí en esta ciudad,

en esta región en la que nací, las que hemos mandado desde siempre, somos nosotras, aunque los que trabajaran fuera fuesen ellos. El matriarcado es así, aunque haya quienes no se enteren todavía de cómo funciona. En cambio, ahora, lo observo con mis sobrinas, todo ha ido a la deriva y dudo que en muchos aspectos haya mejorado para las mujeres jóvenes: salen con sus novios y pagan ellas; se van con el coche de ellas; ellas han pagado la gasolina y ellas les llevan de copiloto; se rompe algo y ellos no tienen ni idea de cómo se arregla porque ahora pasan más tiempo libre depilándose las piernas y el dorso que leyendo las instrucciones de cualquier aparato de la clase que sea. Además, mis sobrinas tienen que estar siempre guapísimas y vestir a la moda porque con esa aplicación llamada “Instagram” es imposible a los veinte años sentirse realizada si no se sale estupenda en millares de fotos. Paralelamente sé, por lo que me cuentan mis hermanas cuando salimos al jardín cuando vienen a verme, que otras cosas no han cambiado nada y las mujeres seguimos siendo las perdedoras de siempre: los chicos que salen con muchas jovencitas son unos campeones mientras que las jóvenes que salen con muchos chicos siguen siendo, como en mi época, unos pendones. A mi sobrina Laura me gustaría decirle (porque lo ha sufrido en carne propia), que a partir de ahora llame pendón a cualquier hombre que la engañe con otra, porque simple y llanamente, cada uno es lo que es y no lo que le gusta que le llamen.

En esas visitas de los viernes veo a mi hermana Victoria un poco nerviosa siempre. Está, pero sin estar, no sé si me explico. Viene a verme

porque me quiere con locura, porque tiene que hacerlo, porque si no lo hace seguramente debe tener remordimientos de conciencia el resto de la semana, pero cuando está frente a mí, veo que sufre. Me habla como si todavía estuviéramos en nuestra habitación de adolescentes y estuviéramos repasando el fin de semana juntas, o repasando alguna anécdota del colegio. Me habla como si no ocurriera nada extraño y yo no estuviera en una silla de ruedas a punto de caerme algunas veces mientras ella no corta la frase (para seguir disimulando), hasta que mi cabeza casi roza el suelo, y como si yo pudiera participar de esa conversación. Se lo agradezco de todo corazón porque también la quiero, pero me duele su dolor agudo y tan visible para mí como la ropa que lleva en cada visita, siempre diferente y moderna, de la que a mí me gustaba tanto llevar.

En la residencia utilizamos cada uno nuestra propia ropa, pero el sistema de lavado es un auténtico caos, a pesar de que mis hermanas han escrito mi nombre en todas y cada una de mis prendas, incluidos los calcetines y la ropa interior. Todo se pierde o no regresa nunca de la lavandería, hay días que no tengo más que un vestido o pantalón colgado de la percha de ese pequeño armario que es mi única propiedad ahora. Nadie sabe lo que ocurre exactamente, la culpa siempre es del otro: de la empresa que gestiona la lavandería porque no suben la ropa cada día; de las auxiliares de clínica del turno de día que no quieren colocarla porque no entra dentro de las funciones que tienen asignadas; de las del turno de la tarde porque según ellas eso es trabajo del turno de mañana. Y la dirección incapaz de poner orden en el caos, se da por satisfecha dando

todas estas explicaciones mientras los familiares buscan casi a diario, alguna prenda que se ha perdido.

Tengo que hablar también de las visitas de mi hermana Aurora. Ella sólo viene una vez al mes como mucho porque también es una mujer liberada, independiente económicamente, y por tanto no tiene ni un segundo de vida para sí misma ni para mucho menos para mí. Sus visitas sin embargo son mucho más divertidas que las de mi hermana Victoria. Las quiero a las dos exactamente igual, pero Aurora cuando viene, viene de verdad, no sólo con el alma sino con el cuerpo. Me divierten sus conversaciones porque me entretiene con cualquier tontería o con cualquier cotilleo de la actualidad o de la familia. Aurora es capaz de convertir cualquier escena trivial y cotidiana en una escena para un corto cómico y divertido. Me cuenta sus viajes (porque viaja muy a menudo), y es como si pudiera viajar con ella a cualquier parte del mundo sin moverme de la silla.

Después está mi hermana Rai, en realidad se llama Raimunda en honor a mi abuela materna que también se llamaba así, pero todos la llamamos Rai. Ella es la que mejor vive de las cuatro hermanas diría yo. Se casó hace veinticuatro años con un hombre enamorado de ella y, además, cargado de dinero. Durante estos veinticuatro años de matrimonio Rai no trabajó porque se dedicó al cuidado de los niños (que ya es bastante), por eso cuando se divorciaron hace tres años, Miguel (su exmarido), tuvo que pagarle una pensión compensatoria nada desdeñable, aparte de la pensión por alimentos para los niños que vivieron con ella, en la casa de los dos, hasta que fueron independientes

económicamente. Es por este cúmulo de motivos por los que Rai, a pesar de que fue la única que no quiso continuar los estudios cuando acabo COU, ahora tiene mucho tiempo disponible (sus hijos ya son mayores de edad), mucho dinero y tiempo para venir a verme. Cuando lo hace es completamente distinta a mis otras dos hermanas: ella no me habla, ni me mira a los ojos con carita de pena, ni se sienta a contarme sus cosas. Ella llega y me lleva directa al baño para darme, como ella dice, una buena ducha.

Por el contrario de lo que sucede con las duchas mañaneras de la residencia, en las que a veces el agua me llega a rozar sólo la mitad del cuerpo o de la cabeza, Rai me sienta en la silla especial en el centro de la bañera, adaptada para mi deterioro físico, y me unta con gel de baño de pies a cabeza. Me lava el pelo con suavidad y determinación, después me pone acondicionador y mientras hace este hace efecto, lava mi pobre cuerpo (digo pobre porque doy pena, la verdad), palmo a palmo, dejándome además de limpia, feliz porque si hay algo que puede quitar la dignidad a una persona es sentirse y estar sucio.

Después me pone ropa limpia, asea con una esponja con jabón mi silla de ruedas (porque en el sillón se van acumulando a diario restos de excrementos, orina, papillas y demás), y me devuelve al sitio que me tienen asignado apoyando la espalda de la silla en una pared desconchada y mirando de frente al resto de “colegas” de mi planta. Agradecería si alguna vez alguien se dignara a pintar las paredes de la residencia, o como mínimo, ese espacio minúsculo en que el quedo

depositada durante horas cada día de estos once años porque ya está muy amarilla esa pared y muy desconchada y hasta huele mal.

Le agradezco a Rai enormemente esta aportación a mi dignidad como persona, igual que les agradezco a mis hermanas las suyas respectivas, cada una a su manera y con su estilo propio. Cuando llega el momento de la despedida también todas son absolutamente distintas: Victoria me da un beso en la frente me dice “*hasta mañana*”, cuando yo sé que no volverá mañana, sino al cabo de dos o tres días, y después se gira para mirarme de nuevo cuando llega al ascensor. Aurora se despide haciendo una gracia de las suyas, me hace reír a carcajadas y cuando me doy cuenta ya no está. Y Rai me abraza muy fuerte, me besa en las mejillas repetidamente y me deja oliendo a perfume para el resto de semana.

Soy consciente de lo duro que tiene que ser para ellas también. No es fácil levantarte por la mañana, sentirte bien, feliz o casi feliz (porque con un familiar en una residencia de ancianos no se puede ser del todo feliz), y dejar transcurrir el tiempo con ese miedo cotidiano de no saber si me va a pasar algo malo o no, cualquier día de esos.

El segundo año que estuve aquí les di un buen susto: me caí y me golpeé en la cabeza. Nadie se dio cuenta de que tenía un derrame cerebral hasta la noche que me ingresaron en el hospital porque no me despertaba y tenía mucha fiebre. Una intervención rápida y mi constitución fuerte supongo, me salvaron la vida. Fue en ese momento cuando mi forma de pensar dio un golpe de timón definitivo, cuando desperté en la unidad de cuidados intensivos o como se llame ahora. Me di cuenta entonces de que

mi felicidad simplemente depende de poder ver a mi familia una y otra vez. Soy feliz cuando cualquiera de ellos aparece por la puerta y me dedica el tiempo que quiera dedicarme, por corto que sea. Soy feliz sencillamente sabiendo que les volveré a ver. Mi vida ha cambiado tanto...

Cuando me diagnosticaron esta enfermedad yo era demasiado joven incluso para que me concedieran plaza en una residencia de ancianos. Había finalizado la carrera hacia años y me dedicaba a mi profesión en cuerpo y alma. Era la cuarta hermana, completamente distinta a las otras tres, pero complementaria a ellas. Una arquitecta bastante bien considerada por mi trabajo y con menos éxito en mi vida amorosa. Siempre me había parecido curioso ese dilema que tenían algunas mujeres, amigas mías, con aparente “éxito” profesional: sus estrepitosos y reiterados fracasos amorosos. Después de muchos años de conversaciones, experiencias acumuladas y másteres con ellas, en los cafés de moda con una copa en la mano, llegamos a la conclusión de que las mujeres con éxito atraen a los hombres en la misma medida que los espantan cuando a ellos se les acaba la pasión y el estoicismo de los primeros meses. Dicho de otro modo, llegamos a la conclusión de que no lo teníamos nada fácil.

Jamás pude imaginar, claro está, que lo más difícil estaba todavía por venir. En aquel entonces disfrutaba de mi trabajo, mis viajes, mi familia, y mis romances por muy dolorosos que fuesen a veces porque era totalmente incapaz de elegir bien en mi vida afectiva. Imagino que de no haber enfermado hubiera seguido exactamente igual porque siempre ha sido difícil para mí estancarme en algo o en alguien. Y ya me ven ahora,

estancada en una silla de ruedas que apesta salvo cuando viene mi hermana Rai.

Cuando me diagnosticaron la enfermedad mi vida salto por los aires como si me hubiera tragado una bomba y la hubiera hecho estallar desde dentro de mi alma. Fue un estallido rotundo, enorme, breve, y después solo silencio, un terrible silencio. Espere durante años a que los negros vaticinios se cumplieran, sin esperanza alguna de que no fuera así. Viviendo cada día como si fuese el último de mi vida, pero con la serenidad y el sentido común que merecía mi familia y mis seres más queridos. Vivir no es ese “*carpe diem*” que mal aplican algunos, creyendo que cuando se vayan a la tumba se darán cuenta de que el sábado anterior no aprovecharon el tiempo tomando esa última copa con los amigos. El que se va no se entera absolutamente de nada, los que se enteran son los que se quedan sin él o ella. Por eso vivir intensamente se convirtió para mí en algo mucho más sencillo que destrozarse el hígado bebiendo o durmiendo cinco horas al día para aprovechar absolutamente todo lo aprovechable de día. Vivir era y es, desde entonces, disfrutar de la compañía de las personas a las que amo o las que sencillamente me gustan, el máximo tiempo posible.

Cuando la enfermedad comenzó a invadirme fui plenamente consciente de ello, aunque ya no pudiera ingerir alimentos líquidos ni sólidos, aunque ya no pudiera moverme sin caerme al suelo, aunque no pudiera hablar, era consciente de mi presente y mi futuro más inmediato. Y del mismo modo que, imagino, quienes padecen otras enfermedades terminales, se ponen en manos de sus médicos, de esos profesionales de

los que depende a partir de ahora, su bienestar físico y emocional, yo me abandone por completo a mi desgracia pensando que el transito sería corto. Craso error porque no ha sido así.

Por eso escribo mentalmente, porque no puedo hacerlo de otro modo, estas páginas y estas palabras desde mi residencia, para ver si tengo suerte y alguien lo lee. Me gustaría que fuera así porque quizás nos pintarían las paredes de colores más alegres; contratarían a más especialistas para motivarnos a seguir viviendo, aunque sea de esta forma tan dolorosa a la que nos obligan; comprarían más espesante y contrarían un servicio de lavandería exquisito que nos devolviera la ropa con olor a suavizante de los buenos y así, cuando llegaran mis hermanas no tendrían ni que entretenerme contándome chistes, ni mirarme con ojos de pena, ni lavarme tan a fondo como lo tiene que hacer Rai para devolverme una pizca de dignidad de vez en cuando.

J.Wayne
28 julio 2025